

Capítulo I: Se abre el telón. Sinrazones

Cuando alguien pretende escribir su primer libro dedica este capítulo a explicar ciertas cosas, y a presentar a los personajes que lo componen.

Ante todo empezaré por comentar que este verano, a mí, Micaela García Perona no se me había perdido nada en Alsacia, ni tenía el más mínimo interés en hacer este viaje de la sinrazón con una panda de vejestorios.

Dicho lo cual, vayamos a las presentaciones.

Mis padres.

Mis padres nunca han vivido juntos ni se han casado («¿flordeundía?»), y conste que este dato solo es un detalle y peor lo tiene mi amiga Malva que no tiene padre porque murió. Será que los míos no se tiran los trastos y me siento querida por lo que encajo la peculiaridad; eso que el fruto de

aquel amor, (o sea, yo misma) reside con su madre y con Miguel, (no está mal para ser un padrastro).

Por lo demás, la narración se inicia, oh, crueldad extrema, en el mismo instante en que mi madre se da cuenta de que sus planes coinciden con los míos y decide que no puedo ir con mi amiga Malva y mi casi novio Leandro al que prometía ser el mejor de los campamentos de verano; ¡el de mis quince años! La patata caliente —otra vez yo— la recoge ni más contento un entusiasmado Federico —mi padre— para arrastrarme con él y una pila de gente a Alsacia, un lugar a mano derecha del mapa de Francia, en el quinto pino de una diminuta aldea donde hace mil años se expatrió mi abuelo Carlos, concretamente a Chavannes sur L'Étang. ¡Un planazo!

Añadiré que tanto el uno como el otro, léase mis progenitores, tienen una forma peculiar de educar que resulta chocante entre mis amigos, con un toque francés que se llama *laisse faire*, —dejar hacer—, (menos cuando es que no, y no me dejan, claro).

Del par de dos, por la cuestión lógica del viaje en su compañía, mi padre será el que más aparezca en esta historia.

Si tengo que describirlo con enjundia diré: uno, que se llama Federico García, como el poeta del que recité un poema en el festival del cole hace mil años, «Verde que te quiero verde»; dos, que «es palomica suelta», como la abuela define su soltería; y tres, que estaba exultante porque las circunstancias me empujaron a acompañarlo «¡por fin a Alsacia!».

Ah, la virtud que más lo caracteriza es la calma chicha; lo descubriréis más adelante.

Aprovecho la oportunidad que me brindan estas páginas para expresar mi inquietud por él, ya que al ser un hombre de probada inteligencia —no solo por su quehacer como preceptor sino también por su trayectoria profesional—, resulta penoso contemplar lo desacertado de sus elecciones respecto al sexo opuesto: naturalmente me refiero a su... a Paula, alias la Pava (en el sentido de sosa, pavisosa, *pavaengüevo*). «De las aguas mansas libreme Dios, que de las revueltas me libro yo», dice el refrán, ¿no? Pues ella es eso.

Pasemos a mi madre.

Una madre es una madre, vale, pero ¡no dejar que vaya al campamento...! ¿Cuándo se dará cuenta de que, pese al asunto que ella y yo sabemos, ya he crecido?

Si tuviera ganas os hablaría más de ella, pero porque esta decisión de última hora me parece una ligereza por su parte —ahora soy la megamadre del planeta, ahora soy una especie de maligna interplanetaria—, y será que estoy que rabio, mejor callar. Saldrá en la historia como autora de mis días y vinculada a mis miedos (ay, ese sentimiento de desasosiego tan desagradable).

Punto pelota.

Malva.

Malva se llama así porque a su madre le encanta ese color.

Ella es mi alma gemela y mi mejor amiga; le gusta patinar y es la única que sabe todo lo de Leandro. La pongo aunque aparece solo a ratos (en realidad anda de espía del chico que me gusta, *snif snif*, en el campamento).

Ahora, los tíos.

Aunque mi padre los nombra así, no son tíos carnales de verdad; son amigos. Con ellos ha organizado esta chifladura de viaje a Francia; con ellos y esa ilusión que él tiene siempre por mostrar las raíces de su infancia alsaciana.

De todo el grupo os hablaré de Paula la primera, así me la quito de en medio. En la intimidad de mi fondo abisal, ya digo, es la Pava, y en público como mucho le gruño; nada de tía Paula. ¡Faltaría! Va de mona y es, bah, el último ligue de mi Federico, que ya me extraña lo que le dura... Claro que es ella que le tira los tejos, le pone boquitas y le jalea las paellas que, por cierto, mi padre las cocina como nadie. Se me antoja que él solo se deja querer. Pero como a lo largo de un viaje se conoce a la gente, vosotros mismos comprobaréis cómo en realidad se trata de una chica superficial, metiche, e insufrible. Por si no ha quedado claro, personalmente, a mí ella, aaaaggggg.

El tío Norberto y la tía Viqui.

Esta pareja resulta muy original. Empezando porque tienen una estupenda autocaravana pintada de color morado intenso, chulísima; se la llevan,

dicen, para una mayor independencia y para acomodarla en el jardín de la casa de los amigos franceses a donde vamos invitados ¡toda la patulea!

Él, el tío Norberto, tiene una gran presencia; usa pipa y sombreros a lo Sherlock Holmes, y le gusta indagar y dar su opinión sobre hechos memorables o desmanes del ser humano a lo largo de la Historia (para eso es historiador). A veces puede resultar huraño, porque cuando los demás no lo atienden o le apetece, se aísla en sus lecturas o en su mp3, y guarda silencio.

La tía Viqui, su mujer, es muy de todo, atractiva, simpática, y famosa. Lo de famosa porque sale en la televisión regional prediciendo el tiempo como las golondrinas; aunque para mí suma puntos por sus infinitos conocimientos sobre plantas y animales.

En este libro también intervienen el tío Antonio y la tía Luisa. Tan prudentes que aunque tienen un peso específico en toda esta historia, apenas parece que estén. Pero gracias que están.

El tío Antonio es, sencillamente, un afable profesor de atletismo reservado y juicioso. Mientras su encanto de novia, la jovial tía Luisa, vive pendiente

del bienestar de los demás, sin contar que es una singular inventora de frases. Lo digo por esa muletila con la que remata sus intervenciones: «¿Sabes a lo que me vengo a referir?». O aquella otra expresión: «Mejor cambiamos de camino»; acuñada entre veras y bromas como salida de emergencia en las discusiones del grupo.

Por terminar las presentaciones.

La *troupe* de los franceses: el tío Benoît y la tía Dannielle, los más amigos del mundo de mi padre, dueños de la casa donde pasaremos, ¡todos juntos!, las vacaciones del mes de agosto. Sin duda no están en su sano juicio. Ambos son los anfitriones, además de unas primas postizas, Ámbar y Apolline, que no aparecían en el programa de la aldea alsaciana objetivo del viaje. A ellos volveré más adelante.

Creo que ya lo he dicho pero nunca está de más: mi padre, el tío Norberto, la tía Viqui, el tío Antonio, la tía Luisa, la Pava, ay, y yo atravesamos primero España y luego Francia hasta llegar a esa región al noroeste donde tiene lugar esta historia, me refiero a Alsacia y concretamente a Chavannes sur L'Étang.

Para situaros geográfica y planetariamente tal vez debáis hacer lo mismo que yo: mirar un mapa de Francia... Nunca está de más; te enteras de todo mucho mejor.

Por último y antes de comenzar, insisto en que el título de este libro tiene su aquel, pero no debe inducir a error; de todos modos, por si alguien está interesado, he preparado una pequeña descripción sobre el pulpo. (Por cierto que el ciberespacio no menciona nada de sus tres corazones, noticia que solo me proporcionó la tía Viqui, fuente incontestable de muchos de mis conocimientos sobre animales).

El pulpo: el pulpo es un molusco cefalópodo que posee ocho brazos con dos filas de ventosas en cada uno de ellos. Se caracteriza por tener el cuerpo blando con un cerebro bien desarrollado y dos ojos grandes y complejos que le proporcionan buena visión. Puede cambiar rápidamente el color y la textura de su piel. Pasa gran parte de su vida escondiéndose entre las rocas y los agujeros naturales. Vive en fondos rocosos en las zonas litorales. En invierno el pulpo se acerca a la costa para repro-

ducirse y permanece en el litoral hasta la primavera. Es un animal de costumbres nocturnas que se alimenta de crustáceos, pequeños peces y moluscos.

Y ahora sí, para no demorarme más, empezaré por el principio de esta historia.